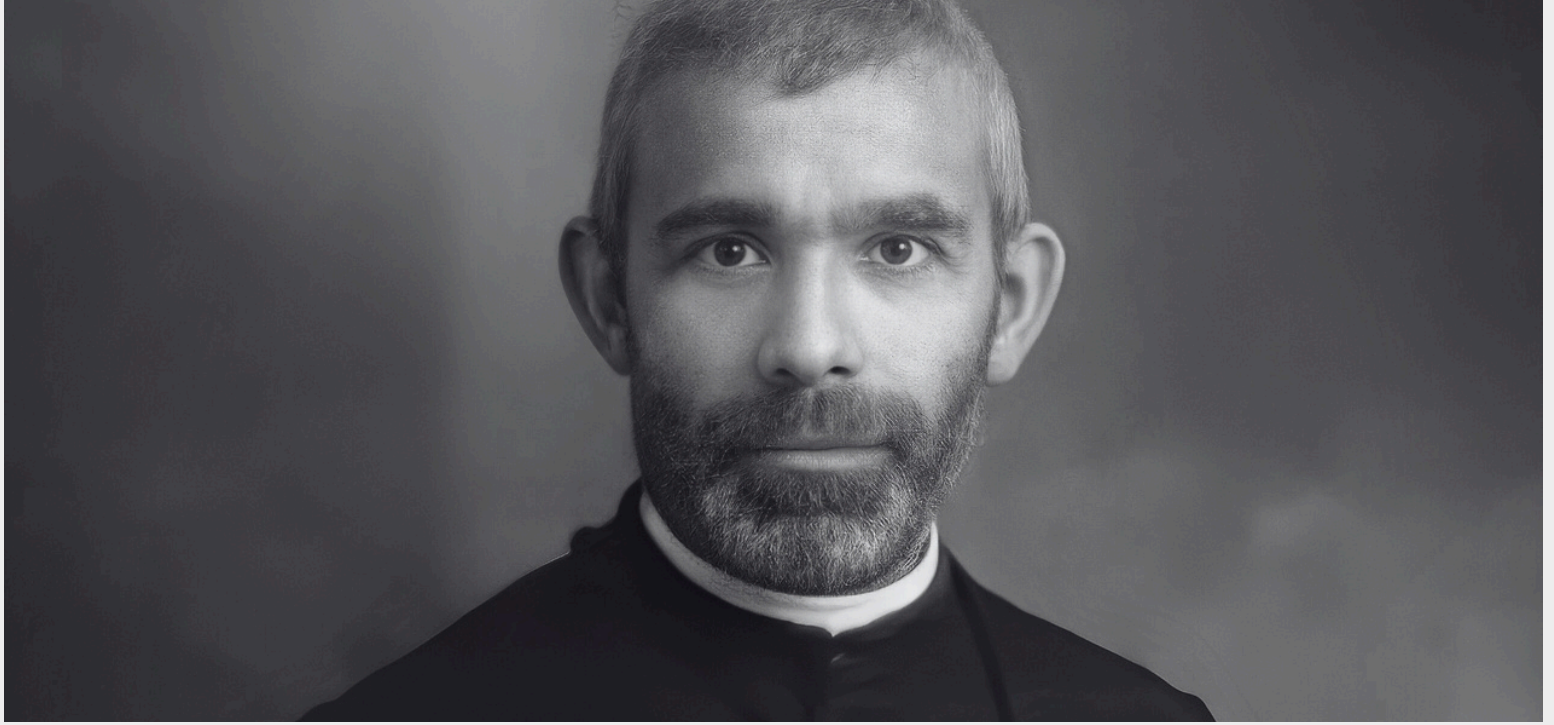


En la siguiente carta, escrita a religiosos que se encuentran en Tierra Santa, Don Orione recuerda los valores que le han acompañado toda su vida: oración, trabajo y templanza, aprendidos desde su infancia, especialmente a través del ejemplo de su madre, que en medio de la pobreza era capaz de sacar a la familia adelante en el Señor. Estos valores nos ayudan a estar cerca de Dios y alejarnos de tentaciones que nos desvían del camino.



Roma, 7 de febrero de 1923, San Romualdo abad.

¡Almas y almas!

Queridos hijos míos en Jesucristo:

¡La paz del Señor esté siempre con vosotros!

Hace mucho tiempo que debía haberos escrito -en realidad, os diré que ya desde Tortona había escrito una carta para cada uno de vosotros, cuando circunstancias especiales me aconsejaron suspender el envío-, y ahora, desde esta Roma “donde Cristo es romano” y donde late el corazón de todos los verdaderos fieles -porque éste es el centro de unidad de la fe católica-, me es mucho más dulce dirigir la palabra a todos en la caridad del Señor.

Espero que esta carta mía os encuentre en buena salud, como también nosotros, en general,

estamos bien. Las dificultades de salud y las enfermedades son un regalo del Señor. En las enfermedades, Dios quiere hacernos tocar con la mano que no somos nada y nada podemos y que El lo es todo...

Y ahora os recomiendo la templanza y el trabajo.

Oración, trabajo y templanza son tres perlas preciosísimas que deben resplandecer sobre la frente y la vida de todo Hijo de la Divina Providencia...

Oración, trabajo y templanza que quiere decir unión con Dios, trabajar por las almas, mortificar el cuerpo con sus pasiones y mortificar la gula. Oración,

“En Ti y solo por Ti...”

trabajo y templanza que es toda la vida de los Hijos de la Divina Providencia. En estas tres virtudes está toda nuestra vida.

No hay para nosotros otra vida. No hay otro camino para hacernos santos. No hay otra manera ni mejor manera de amar y servir a Dios, para imitar a Jesucristo, para servir de veras a la Santa Iglesia y al Papa. No hay otro ni mejor camino para imitar a la Virgen, para ser devotos de Ella de verdad, para amarla de veras. No hay otro camino para servir y salvar las almas. No hay otro camino para ser verdaderos y santos religiosos.

Mi querido hermano, te abrazo espiritualmente en Cristo, con caridad de padre en Cristo, con caridad ardiente en Cristo, pero te digo: mira, hijo mío, que no te mandé a Tierra Santa a administrar, sino a trabajar.

Administradores son los que mandan, pero trabajan poco, los que rehuyen la fatiga, se hacen patronos sin serlo, gastan aun cuando se puede economizar y no piensan mucho en las menudencias porque piensan que después el dueño pagará. En general los malos administradores son de poca conciencia y el Evangelio habla mal de ellos; en cambio, habla bien de los trabajadores, aun de aquellos que se pusieron a trabajar de buena voluntad aunque fuera un poco tarde. Y fueron pagados como los primeros, porque pusieron mucha buena disposición y buena voluntad.

Así sucederá contigo, querido mío, si te aplicas con buena voluntad y con fervor y alejas de ti la pereza y la mala voluntad de agachar la espalda, y disciplinas tu cuerpo con el trabajo, con la fatiga humilde y con la humildad...

Si no amas más la oración, si no mortificas más tu gula, tu cabeza, algunos sentimientos tuyos llenos de amor propio y de soberbia y a veces hasta de caprichos, si no eres más humilde, si no amas más la fatiga, el sacrificio y el trabajo, terminarás mal.

Te lo digo con el corazón llorando, pero después de haber rezado mucho, mucho por ti...

Humildad, no de palabra, sino de hecho; abnegación de sí mismo, no de palabra, sino de hecho; huida de la ociosidad, no de palabra, sino de hecho; docilidad de mente, docilidad de corazón, no de palabra sino de hecho.

No tengas miedo de rebajarte demasiado sometiéndote, porque se

“

“A mí, que era el cuarto hijo, mi madre me vestía con la ropa de mi hermano mayor que tiene 13 años más que yo, y la pobre mujer ya había hecho pasar esa ropa por otros tres antes que yo; pero nos dejó un poco de dinero que sirvió en parte para los primeros huérfanos de la Divina Providencia, y nos crió bien y, como se dice, para honor del mundo; sabía combinar los retazos y sacar así otros vestidos. Y la familia salía triunfante en medio de la pobreza honesta y discreta.”

”

“En Ti y solo por Ti...”

aprovecha más con un grano de humildad que con una montaña de soberbia. Por el amor a Dios bendito, nada nos debe parecer vil o demasiado incómodo y debemos despreciarnos a nosotros mismos y ser considerados una nada, buenos para nada, con tal de amar y servir a Dios y ganarnos el Paraíso.

Pero sin humildad no se va al Paraíso; los golosos no van al Paraíso; los que huyen de la fatiga, los cómodos, los que aman las comodidades y los perezosos no van al Paraíso...

Trabajar, trabajar, es necesario trabajar por amor a Dios y a ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo. “¿Por qué huir de la fatiga? ¿Acaso quedará sin recompensa?”, decía Don Bosco. Dios ordenó al hombre que trabajara. Jesús y todos los santos trabajaron y San Pablo dice que quien no trabaja no debe comer, a no ser que esté enfermo o por su edad no pueda trabajar.

Nosotros, queridos hijos míos, debemos ser grandes trabajadores: los trabajadores de la humildad, de la fe, de la caridad. Grandes trabajadores de las almas, grandes trabajadores de la Iglesia de Jesucristo, nuestro Dios y Salvador.

Pero decir trabajadores es poco, demasiado poco. Debemos ser los changadores de Dios. El que no quiere ser y no es changador de la Divina Providencia de Dios, es un desertor de nuestra bandera...

He recibido vuestros saludos para

Navidad y os agradezco. Pero ¿cómo puedo agradecerlos sabiendo que no se vive como se debe, que no se ama la pobreza más que con palabras? Sí, voto de pobreza, pero siempre que no falte nada y que se pueda llevar una vida cómoda y tranquila. Pobreza, en cambio, quiere decir sacrificio y también economía: pobreza quiere decir no malgastar las cosas, quiere decir tener escrúpulos en cuidar y en no derrochar.

Un grano, un solo grano de trigo perdido caerá sobre vuestra conciencia y deberéis dar cuenta a Dios de él. Nosotros no somos más que administradores de las cosas de la Iglesia y de los pobres, y deberemos dar cuenta a Dios, a la Iglesia y a los pobres.

No digo tacañerías, ni mezquindad, ni avaricia, pero digo y recomiendo santa pobreza, economía y orden. Con el desorden se pierde mucho tiempo, se pierden muchas cosas; se hace menos bien, o más aun, se hace mucho mal.

Hay que cuidar más la ropa blanca, los utensilios, los aparejos, todo. ¿Habéis comprendido, queridos hijos míos?

Este es el espíritu de Jesucristo que, se dice, bajó del caballo para recoger una migaja de pan, y que después de la multiplicación de los panes y del pescado, dijo a los apóstoles: “recoged los pedazos restantes para que no se pierdan”.

Todo es gracia de Dios: el pan, la ropa, los utensilios de la casa, los instrumentos de trabajo y la vida y la salud que Dios no da para que con las

“En Ti y solo por Ti...”

buenas obras nos ganemos el Paraíso...

Nuestros misioneros del Brasil y de la Argentina se arreglan ellos mismos los zapatos, se cosen los botones, los pantalones y los hábitos, se lavan la ropa. Muchas veces, en Minas Geraes, me lavé las medias, los pañuelos, la ropa blanca. Aprendí también a afeitarme. ¡Qué ahorro!..

El misionero es el tesorero de Dios y de la caridad. Debemos hacer nosotros, hacer como podamos, lo mejor que podamos, tratar siempre de hacer y no estar sin hacer nada, o exigir esto y lo otro a los demás.

A mí, que era el cuarto hijo, mi madre me vestía con la ropa de mi hermano mayor que tiene 13 años más que yo, y la pobre mujer ya había hecho pasar esa ropa por otros tres antes que yo; pero nos dejó un poco de dinero que sirvió en parte para los primeros huérfanos de la Divina Providencia, y nos crió bien y, como se dice, para honor del mundo; sabía combinar los retazos y sacar así otros vestidos. Y la familia salía triunfante en medio de la pobreza honesta y discreta. Una cuñada mía, sin hijos, tiene la pensión de mi hermano ex ferroviario, casa propia, dos viñas; sin embargo está en la miseria. ¿Qué quiere decir?

Quiere decir que esa pobre vieja campesina que fue mi madre se levantaba a las 3 de la noche y se ponía a trabajar; parecía siempre un huso en movimiento; se las arreglaba en todos sus quehaceres de mujer y, con sus hijos, hacía también los del hombre,

porque nuestro padre estaba trabajando lejos, en Monferrato; manejaba la hoz para cortar la hierba y la afilaba ella misma, sin llevarla al afilador; hacía tela con cáñamo hilado por ella; mis hermanos se llevaron muchas sábanas y mucha ropa blanca, ¡pobre madre mía! Usaba hasta los cuchillos rotos, que fueron mi herencia. No compraba nada si verdaderamente no podía dejar de hacerlo; cuando murió le pusimos su traje de novia, después de 51 años de su casamiento; se lo había hecho teñir de negro y todavía lucía muy bien y era su más lindo vestido.

Así hacían nuestros santos y amados padres, queridos hijos míos. Mi madre me contaba siempre que Jesús había bajado del caballo para recoger un pedacito de pan; encontré después esta narración en un Evangelio apócrifo; tal vez no sea real, pero es muy expresivo. Queridos míos, imitemos a nuestros mayores y a nuestros santos.

Todo lo que sea cosa de señores, la comodidad de los señores, no condice con nosotros, no son cosas de Hijos de la Divina Providencia.

Gracias a Dios, a la muerte de Don Egidio Chiodi, recibí una sotana que llevé puesta a América; la traje puesta cuando volví de América, siempre la llevé puesta y la tengo puesta ahora que os escribo, y la volveré a llevar a América y espero que pueda servirme cuando vuelva. Me habían hecho una sotana nueva, antes de irme, que me regalaba Don Artana, pero yo la di a los nuestros de América, como también el guardapolvo.

“En Ti y solo por Ti...”

No recuerdo haberme hecho hacer sotanas, ni haberme comprado sombrero, ni camisas, ni pantalones, ni medias; por gracia divina, nunca me faltó nada...

Economía en la comida y en el vestido; no hagamos viajes más que por necesidad. Cuando viajemos, recordemos que hemos hecho voto de pobreza; economía en las provisiones; economía en tomar mano de obra pagada; economía en todo.

Los misioneros deben hacerse todo, no hacerse los señores ni los administradores. Exactitud y orden, fidelidad a Dios y a la Congregación, caridad fraterna siempre.

Y ahora terminaré, mis queridos hijos en Jesús Crucificado.

Perdonadme si apené vuestro espíritu con esta carta mía y recordad que no la escribí para confundiros, sino para advertiros en el Señor y con la caridad de padre vuestro en Cristo...

Vuelvo a América a buscar el pan para nuestros huérfanos y novicios; debo esforzarme mucho para ir y debo esconder mi esfuerzo; pero voy, sabiendo que así cumplo mi deber y hago algo grato a Dios, como hace el padre de familia que sale a buscar el pan para sus hijos.

Rezad por mí. Escribid lo mismo todos los meses; Don Sterpi recibirá las cartas; él queda en mi lugar y hará siempre mejor que yo. Aunque esté más lejos de aquí, pienso siempre en vosotros y rezo siempre por vosotros...

Vuestro en Nuestro Señor Jesucristo Crucificado y en la Virgen Santa.

Sac. Luis Orione de la Divina
Providencia

